III

Un día, en efecto, al registrar su corazón, lo encontró vacío. Se estremeció de terror; no le quedaban más que algunos céntimos de ternura. Y la epidemia seguía azotando.

La niña se indignó. No pensaba en la inmensa fortuna que había disipado locamente: el punzante agijón de su caridad era cada vez más vivo, aumentando el horror de su miseria. ¡Era tan dulce ir en busca de los mendigos en las claras mañanas de sol! ¡Era tan dulce amar y ser amada! Y ahora debía ocultarse en la sombra, esperando á su vez la limosna, que acaso nadie le daría.

Por un instante pensó cuerdamente en guardar como una reliquia los pocos céntimos que le quebaban, é irlos gastando con gran prudencia. Pero le entró tal frío en su aislamiento, que se lanzó al campo para calentarse al sol. En el camino, en la primera encrucijada, encontró á un joven, cuyo corazón se moria de inanición. Ante semejante espectáculo, despertóse su ardiente caridad. No podía negar su miseria. Y, radiante de bondad, más llena de abnegación que nunca, puso el resto de su corazón en sus labios, se inclinó dulcemente, dió un beso al joven, y le dijo:

—Ten: he aquí mi última moneda. Devuélvemela.

IV

El joven se la devolvió.

Aquella misma tarde envió á sus pobres una carta de despedida, manifestándoles que se veía obligada á suspender sus limosnas. Le quedaba á la querida niña precisamente lo necesario para vivir en honrada medianía con el último hambriento á quien había socorrido.

La leyenda del CAPITA AZUL DEL AMOR, carece de moral.

EL HERRERO

El Herrero era alto y robusto, el más alto y robusto del país, con los hombros nudosos, con el rostro y los brazos ennegrecidos por las llamas y el polvo de hierro de los martillos. En su cráneo cuadrado, bajo la espesa mata de sus cabellos, abríanse grandes ojos azules de niño, claros como el acero. Sus anchas quijadas se movían con risas estrepitosas, con ruido que zumbaba de un modo semejante á la respiración y á las alegrias gigantes de su fuelle; y cuando levantaba el brazo con gesto de poder satisfecho,—

gesto que le había dado el hábito de trabajar en el yunque,—parecía llevar sus cincuenta años mas gallardamente aún que manejaba la «Señorita», maza de veinticinco libras de peso, terrible maza que él sólo podía hacer bailar desde Vernon á Rouen.

Viví un año en casa del Herrero, año de convalecencia. Había perdido mi corazón, perdido mi cerebro; había partido en busca de mí mismo, en busca de un rincón donde recobrar la calma y trabajar, donde volver á encontrar mi virilidad. Entonces fué cuando, una tarde, en el campo, pasada la aldea, vi la fragua, aislada, llameante, plantada de través en la cruz de los Cuatro Caminos. El fulgor era tal, que la puerta del patio, abierta de par en par, incendiaba la encrucijada, y que los álamos, colocados en fila á lo largo del arroyo, humeaban como antorchas. En medio del silencio del crepúsculo, la cadencia de los martillos, resonaba á lo lejos, media legua á la redonda, como el galope cada vez más próximo de algún regimiento de hierro. Atraído por la claridad, por el estrépito, por la conmoción que producía aquella especie de tormenta, llegué á la fragua, entré, y me detuve, feliz consolado ya, á la vista de aquel trabajo, de aquellas manos que torcían y aplastaban las barras rojas.

Fué la primera vez que vi al Herrero. Forjaba la reja de un arado. Con la camisa abierta al aire el rudo pecho, cuyo armazón de metal bien templado

se dibujaba vigorosamente al respirar, daba un paso hacia atrás, tomaba aliento, bajaba el martillo; y todo sin detenerse, con un balanceo rítmico y continuo del cuerpo, por un esfuerzo incesante de los músculos, el martillo giraba su círculo regular, lanzando chispas, trazando á su paso un surco de fuego. Era la «Señorita», la formidable maza, manejada con ambas manos por el Herrero, mientras que el hijo de éste, mozo de veinte años, sostenía en la punta de las tenazas el hierro enrojecido y lo batía con golpes sordos, que ahogaba el baile estrepitoso de la terrible «hija» del viejo. Toc, toc, toc, toc; se hubiera creído que era la voz grave de una madre, alentando los primeros balbuceos de su hijo. La «Señorita» valsaba siempre, soltando las lentejuelas de su manto, dejando impresos sus talones en la reja que mordía cada vez que saltaba sobre el yunque. Una llama sangrienta corría hasta la tierra, iluminando las siluetas de los dos obreros, cuyas sombras colosales se prolongaban hasta los ángulos sombríos é indecisos de la fragua. Poco á poco el incendio palideció, el Herrero se detuvo, negro, de pie, apoyado en el mango del martillo, bañada la frente en sudor que no enjugaba. Yo oía su fuerte respiración, aún agitada, en medio de los resoplidos del fuelle que su hijo movía lentamente.

Pasé la noche en casa del Herrero, y di por concluido mi viaje. Tenía una habitación libre, en lo alto,

encima de la fragua, que me ofreció y acepté. A las cinco de la mañana, antes de que el alba despuntase, todo entraba en movimiento; era como si la casa se riera hasta sus cimientos, con alegría enorme, que ya no cesaba hasta la noche. Debajo de mi habitación bailaban los martillos. Parecía que la «Señorita» me arrojaba del lecho, dando golpes en el pavimento, llamándome holgazán. Todo el pobre cuarto, con su gran armario, su mesa de madera blanca, sus dos sillas, crujía, me gritaba que me apresurase. Tenía que bajar á la fragua, ya en plena actividad. El fuelle resoplaba: llamas azules y rojizas subían del carbón, donde parecía brillar la redondez de un astro bajo el viento que ahondaba la brasa. Entretanto, el Herrero preparaba la tarea cotidiana. Removía el hierro en los rincones, volvía los arados, examinaba las ruedas. Al verme, poníase los puños en los hijares y se echaba á reir, abriendo la boca hasta las orejas. Le divertía hacerme saltar del lecho á las cinco. Creo que por la mañana golpeaba por golpear, saludando al alba con el canto formidable de sus martillos. Dejaba caer sus gruesas manos sobre mis hombros, inclinándose como si hablara á un niño, diciéndome que estaba mejor desde que vivía en medio de aquellos hierros; y todos los días bebíamos juntos el vino blanco, sentados sobre un viejo calesín volcado.

Con frecuencia pasaba el día entero en la fragua. Sobre todo durante el invierno, cuando llovía, no la

abandonaba un momento. La lucha continua del Herrero con el metal en bruto que modelaba á su antojo, me interesaba como un drama conmovedor. Mis miradas seguían al hierro desde la hornilla al yunque, y experimentaba continuas sorpresas, viéndole plegarse, extenderse, arrollarse, como blanda cera, bajo el esfuerzo victorioso del obrero. Cuando el arado estaba concluido, me arrodillaba delante de él; no reconocía ya el bosquejo informe de la víspera, y examinaba las piezas, imaginando que dedos soberanamente fuertes las habían trabajado sin el auxilio del fuego. Muchas veces me sonreía, recordando á una joven á quien, en otro tiempo, había visto desde mi ventana, durante días enteros, torciendo con sus delicadas manos hilos de latón, en los cuales fijaba, con ayuda de hebras de seda, violetas artificiales.

Nunca se quejaba el Herrero. Le ví, después de haber batido el hierro por espacio de catorce horas, reirse por la noche con el buen humor de siempre, frotándose las manos con aire satisfecho. Nunca estaba triste, nunca fatigado. Habría sostenido la casa sobre sus hombros, si la casa hubiese vacilado. En el invierno, elogiaba el calor de la fragua. En el estío, abría la puerta de par en par, y dejaba que entrase el olor del heno. Cuando vino el verano, iba á sentarme, á la caída de la tarde á su lado, junto á la puerta. Como antes he dicho, la fragua estaba de través con relación al camino, y se veía desde ella el valle en toda su

anchura. Me encantaba aquella inmensa alfombra de tierra labrada que se perdía en el horizonte en el lila claro del crepúsculo.

El Herrero se bromeaba á menudo. Decía que todas aquellas tierras le pertenecían; la fragua, desde hacía cerca de doscientos años, proporcionaba arados al país. Este era su orgullo. Ninguna mies crecía sin él. Si la llanura estaba verde en Mayo y amarilla en Julio, le debía sus mudables galas. Amaba las cosechas como si fueran hijas suyas, extasiándose los días de sol espléndido, amenazando con el puño á las nubes preñadas de granizos. Algunas veces me enseñaba con el dedo algún pedazo distante de tierra, que parecía menos ancho que la espalda de su chaleco, y me contaba en qué año había forjado un arado para su dueño. En la época de la siembra solía dejar sus martillos: salía á la orilla del camino, se colocaba la mano encima de los ojos, y miraba; miraba la familia numerosa de sus arados que mordían el suelo y trazaban surcos, enfrente, á la derecha, á la izquierda, por todas partes. El valle estaba inundado de ellos. Al ver desfilar los atalajes lentamente, se hubiese creido que eran regimientos en marcha. Las rejas de los arados brillaban al sol con reflejos argentinos. Y el Herrero levantaba los brazos, me llamaba, me decía que viniese á ver la «sagrada tarea» que llevaba á cabo.

Todo aquel herraje resonante, en medio del cual

vivía, saturaba mi sangre de partículas férreas. Esto me aprovechaba bastante más que las drogas de la botica. Me había habituado á aquel estrépito: tenía necesidad de oir la música de los martillos sobre el yunque para saber que no estaba muerto. En mi habitación, animada por los resoplidos del fuelle, había vuelto á encontrar mi pobre cabeza. Toc, toc, toc, toc. Era como el alegre péndulo que regulaba mis horas de trabajo. En lo más fuerte de la tarea, cuando el Herrero se incomodaba, cuando yo oía crujir el hierro candente bajo los saltos de los martillos endiablados, mis puños se agitaban con fiebre de gigante, y hubiese querido aplastar al mundo con mi pluma. Después, al callarse la fragua, se hacía el silencio en mi cerebro; bajaba, y me avergonzaba de mi obra al contemplar aquel montón de hierro vencido y humeando todavía.

¡Ah! ¡Qué magnífico he visto al Herrero en las ardorosas siestas del verano! Desnudo hasta la cintura, los músculos salientes y en tensión, parecía una de esas figuras colosales de Miguel Ángel, que se levantan, haciendo un supremo esfuerzo. Mirándole, encontraba la línea escultural moderna que nuestros artistas buscan con tanto afán en las carnes muertas de Grecia. Se me parecía como el héroe engrandecido del trabajo, como el hijo infatigable de este siglo, que bate sin cesar sobre el yunque el escalpelo de nuestro análisis, que forja al fuego, y con el hierro, la so-

ciedad de mañana. Él jugaba con sus martillos. Cuando quería reir, cogía la «Señorita» y la hacía bailar á todo vuelo. Entonces resonaba la tormenta en torno suyo, entre la jadeante respiración de la hornilla. Por mi parte, creía oir el suspiro del pueblo en el trabajo.

Allí, en la fragua, entre los arados, me curé para siempre de mi pereza y de mi duda.

LA CRISIS

I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, lo encuentran frío, como envuelto en la negra tristeza que acompaña á las ruinas. En el fondo de la ancha sala, la máquina está muda, secos los brazos, inmóviles las ruedas. Aumenta la melancolía del recinto, ella, cuyo aliento y cuyo brío animan de ordinario la casa entera, con el latido de un corazón de gigante, inaccesible á la fatiga.

El patrón baja de su pequeño despacho, y dice con aire triste á los obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo..... No tengo pedidos; recibo contra-órdenes de todas partes; voy á quedarme con la mercancía en los almacenes. Este

mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes de tanto trabajo otros años, amenaza arruinar á las casas más sólidas. Tengo que suspender mis negocios.

Y como ve que los obreros se miran entre sí, temiendo la vuelta al hogar, temiendo el hambre al día siguiente, añade, en tono más bajo:

—No soy egoista, no; os lo juro..... Mi situación es tan terrible, es aún más terrible que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspendo hoy el trabajo, para no ahondar más el abismo: no tengo ni un céntimo siquiera para mis vencimientos del día 15... Ya lo véis; os hablo como amigos; nada os oculto. Mañana, tal vez, estará aquí el juzgado. La culpa no es nuestra. ¿No es verdad? Hemos luchado hasta el último momento. Hubiese querido ayudaros á pasar estos malos días, pero todo se ha concluído: ya no me queda pan que compartir con vosotros.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos segundos, siguen allí con los puños cerrados, mirando sus inútiles herramientas. Los demás días, al romper el alba, cantaban las limas marcaban los martillos el compás: todo parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias, que no comerán á la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajan en la fábrica, tienen los ojos llenos de lágrimas. Los hombres tratan de aparentar más firmeza. Se ha-